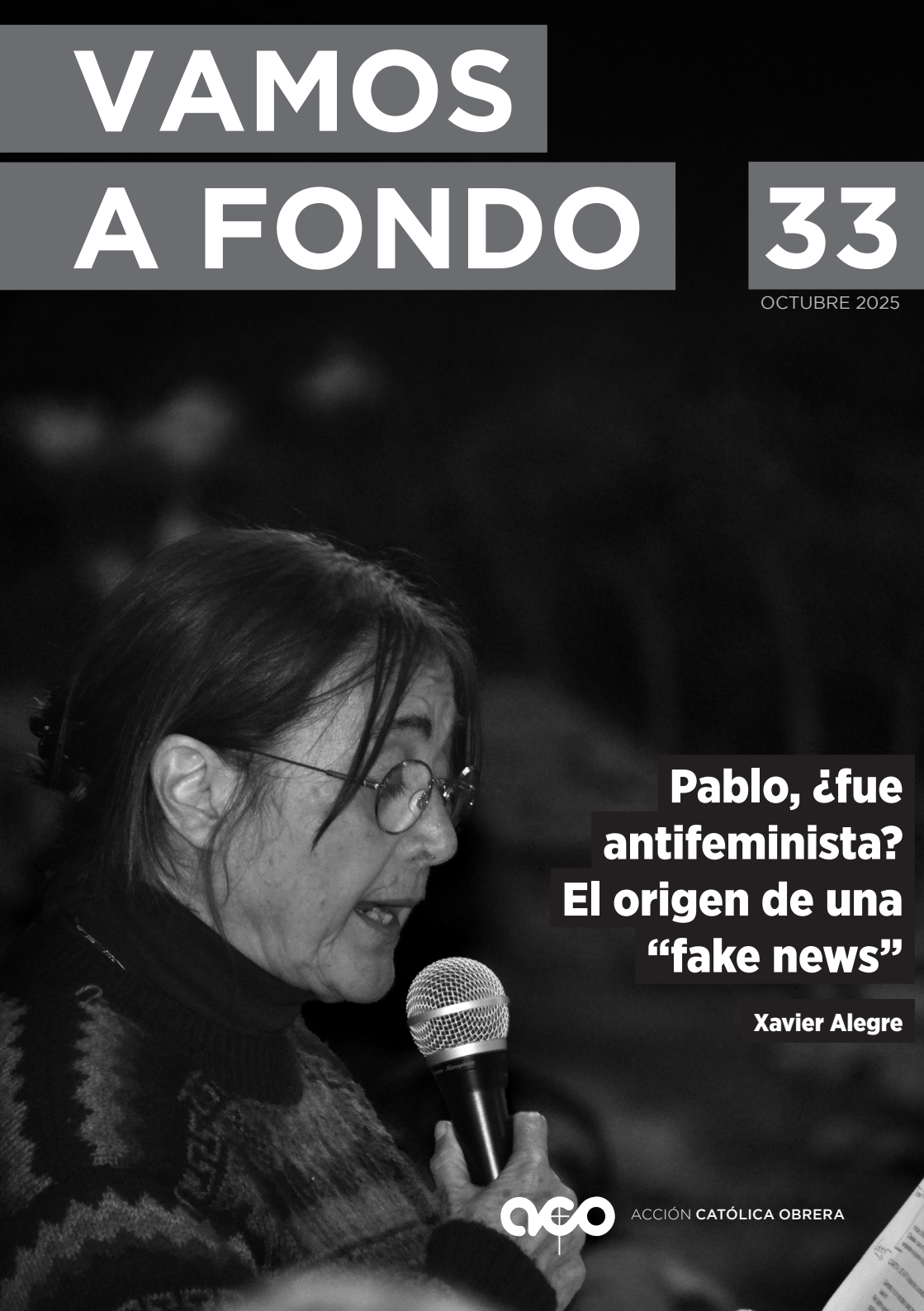


VAMOS A FONDO

33

OCTUBRE 2025



**Pablo, ¿fue
antifeminista?
El origen de una
“fake news”**

Xavier Alegre



ACCIÓN CATÓLICA OBRERA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
1. LAS CARTAS AUTÉNTICAS DE PABLO	9
2. ¿QUÉ DICE REALMENTE PABLO SOBRE LA MUJER?	13
3. LAS RELACIONES PERSONALES DE PABLO CON LAS MUJERES SEGÚN LAS CARTAS AUTÉNTICAS DEL APÓSTOL	19
4. CONCLUSIÓN	27

INTRODUCCIÓN

Pablo es, sin duda, uno de los teólogos más fundamentales de los inicios del cristianismo. Ciertamente, el cristianismo no sería como es ahora, si Pablo no hubiera marcado decisivamente los inicios de las Iglesias cristianas, como lo testimonia el hecho de que prácticamente todo el Nuevo Testamento está influenciado por las cartas de Pablo y las de sus discípulos (también las de Santiago y la 1ª de Pedro), así como por la teología de Marcos, decisiva para Mateo, Lucas y Hechos –a excepción, quizás, de los escritos juánicos, aunque el evangelista Juan parece que conoció, pero no utilizó, el evangelio de Marcos. Y esta tesis está bien fundamentada, si, como se ha descubierto recientemente, la teología del evangelio de Marcos es claramente paulina (aquí en Cataluña lo ha mostrado Mar Pérez en una tesis doctoral, abreviada un poco en su libro: *¿Fue Marcos discípulo de Pedro o de Pablo? La teología paulina del evangelio de Marcos*, Estella 2022).

De hecho, algunos especialistas –creo que sin razón– han considerado que Pablo era incluso el auténtico fundador del cristianismo. Pero esta tesis no es aceptable, puesto que Pablo, que se confiesa personalmente como un auténtico enamorado de Jesucristo (Ga 1,19-20), siempre quiso ser fiel a lo que Jesús había dicho y hecho. Es verdad que a Pablo le cambió radicalmente la vida lo que Jesús Resucitado le había revelado camino de Damasco (Ga 1,11-24). Pero para él, Jesús siempre fue el Maestro y él su discípulo. Esta es la razón por la cual, para Pablo, las palabras de Jesús tuvieron siempre la máxima autoridad, por encima, evidentemente de sus ideas personales, como se puede deducir de lo que Pablo dice en la primera carta a los Corintios:

“A los casados les mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido. En caso de separación, que no se vuelva a casar o que se reconcilie con su marido. Y que tampoco el marido se divorcie de su mujer. A los demás les digo yo, no el Señor, que si un hermano tiene una mujer no creyente y ella consiente en vivir con él, no se divorcie de ella. Y si una mujer

tiene un marido no creyente y él consiente en vivir con ella, no se divorcie de él.” (1Co 7,10-13)

“Acerca de las personas solteras, no tengo precepto del Señor. Doy, no obstante, mi consejo como quien, por la misericordia del Señor, es digno de crédito.” (1Co 7,25)

En la misma línea, Pablo critica a los cristianos de Corinto porque, cuando celebran la eucaristía, no son fieles a lo que Jesús quiso enseñar cuando, en la última Cena, compartió el pan y el vino con sus discípulos y les dio la orden de que, cuando se reunieran, los compartieran también en recuerdo suyo (cf. 1Co 11,17-26) En este sentido, Jesús es para él –y lo mantuvo siempre– el punto de referencia fundamental. Y si dio tanta importancia a la cruz (1Co 1,17-25), es porque esta le parece la máxima expresión del amor de Jesús, que le llevó a la cruz y, por tanto, es para él el criterio fundamental para comprender el sentido de la vida de Jesús. Y consecuentemente, de la vida de todo cristiano/a.

En todo caso, las últimas investigaciones sobre Pablo han llevado a los especialistas a modificar la opinión, una opinión que se solía sostener hasta mediados del siglo XX, según la cual Pablo era antifeminista.

El cambio de opinión moderno a propósito de la actitud de Pablo frente a las mujeres, lo encontramos –y el estudio que haremos de los textos auténticos del Apóstol creo que lo confirmará– en un diccionario de teología feminista del año 1991:

“El ministerio patriarcal procede, en principio, de la organización de gobierno patriarcal, propia del imperio romano y no del cristianismo antiguo. La organización de gobierno del cristianismo primitivo más bien cuestiona radicalmente el ministerio eclesial-patriarcal. Las funciones directivas de las comunidades cristianas primitivas fueron ejercidas, sin límites, tanto por mujeres como por hombres. Febe (Rom 16,1) fue *diákonos* en el mismo sentido que Pablo

(cf. 1Co 11,23). Las mujeres tuvieron, tanto hacia afuera, es decir, públicamente, como hacia dentro, responsabilidades en las comunidades, dirigieron servicios litúrgicos –también la celebración de la eucaristía en recuerdo de la muerte de Jesús. Pero en relación con esta conclusión de la interpretación feminista de la Biblia –la participación, sin límites, de las mujeres en el gobierno de las comunidades– se ha de señalar que estas funciones de dirección no tenían como contenido ningún ministerio de tipo jerárquico, sino que configuraban plenamente, y del mismo modo, un servicio de los hombres y un servicio de las mujeres. La palabra *diakonía* significaba en la sociedad de la época de los inicios del cristianismo primitivo, el trabajo en la casa de las esclavas y los esclavos: todos aquellos trabajos inferiores de mantenimiento que ningún hombre libre haría nunca. En una palabra programática de Jesús se suelda el trabajo de gobierno con el de servicio (*diakonía*) (Mc 10,42-45 y par.; Ac 6,1ss entre otros), porque los hombres querían volver a imponer la antigua división de trabajo, jerarquizada según el sexos, y la estructura de gobierno jerárquica. Un documento que revela este intento de imponerlo, lo encontramos ahora en 1Tm.” (L. Schottroff, en: E. Gössmann, E. Moltmann-Wendel, H. Pissarek-Hundelest, I. Praetorius, L. Schottroff i H. Schüngen-Strauman, *Wörterbuch der feministischen Theologie*, Gütersloh 1991, pp. 13s)”

Teniendo presente, entonces, este marco fundamental de la vida y de la teología de Pablo, que se descubrió en la segunda mitad del siglo XX, vayamos ahora a ver cómo él, que evidentemente era hijo de un tiempo y de una cultura, que aún eran más machistas que los nuestros, reaccionó e intentó modificar, en la medida de lo que le era posible, este antifeminismo.

Y esto lo podemos deducir del modo cómo Pablo actuó y habló en sus cartas auténticas, que se contraponen a las actitudes más bien machistas de su tiempo. Por esto, más que comparar lo que dijo Pablo con lo que se dice hoy en una sociedad, en la cual la igualdad entre la mujer y el hombre es en principio” total, hemos

de compararlo con lo que se decía en la sociedad –sobretudo judía– de su tiempo, pues entonces caeremos en la cuenta de que Pablo –como ya antes Jesús– fue un hombre avanzado a su época y, por tanto, ahora sería muy crítico con la marginación de la mujer, que actualmente caracteriza aún la actitud oficial de la Iglesia católica, que excluye –contra la voluntad de Jesús, tal como se nos revela en los evangelios– a la mujer del gobierno y del ministerio sacerdotal en la Iglesia Católica.

1. Las cartas auténticas de Pablo

La razón principal, por la cual se ha considerado que Pablo tenía una actitud negativa, marginadora, frente a las mujeres, se debe al hecho de que durante mucho tiempo se creyó que todas las cartas, que el Nuevo Testamento atribuye a Pablo como cartas auténticas del Apóstol. De hecho, hasta prácticamente la segunda mitad del siglo XX, la absoluta mayoría de especialistas creía que las trece cartas, que el Nuevo Testamento atribuye a Pablo, habían sido dictadas por el Apóstol.

Hoy, en cambio, la mayoría de los especialistas cree, con razón, que solo siete de las cartas, que se atribuyen a Pablo, han sido dictadas por él. Concretamente se trata de seis cartas, que van dirigidas a diferentes comunidades: 1ª a los Tesalonicenses, 1ª y 2ª a los Corintios (por una serie de indicios, hoy muchos especialistas creen, pienso que con razón, que la 2ª carta a los Corintios reunió, para facilitar su lectura litúrgica, cuando se comparten las cartas de Pablo entre las comunidades, varias cartas del Apóstol), Filipenses, Gálatas y Romanos (su última carta, que ha sido considerada como el testamento teológico de Pablo, porque presenta, de una manera muy clara y concisa, el núcleo esencial del pensamiento teológico, que es propio de Pablo). Y, finalmente, una séptima carta, que va dirigida a una persona particular, la carta a Filemón.

El resto de las cartas, que el Nuevo Testamento atribuye a Pablo, han sido escritas o dictadas por discípulos suyos. Algunos de estos discípulos eran muy cercanos a la teología de Pablo, como los autores de las cartas a los Colosenses y a los Efesios. Pero los otros, concretamente el (o los) autor(es) de la 1ª y 2ª carta a Timoteo y la carta a Tito (las denominadas “cartas Pastorales”), estaban más lejos de su pensamiento teológico, pues pertenecen ya a la tercera generación “paulina” y no comparten, ni la actitud de Pablo en relación a la mujer, ni la manera como el Apóstol, que era muy carismático, veía el “gobierno” de la Iglesia.

Estos discípulos de la segunda y de la tercera generación paulina escriben las cartas, que atribuyen a Pablo, apoyándose en un procedimiento, típico de su época, que permite atribuir a un gran autor del pasado lo que sus discípulos creen que diría ahora en la nueva situación, que ellos están viviendo. Un ejemplo típico de este modo de proceder lo encontramos ya en el Antiguo Testamento, que atribuye al gran profeta Isaías (Is 1-39) lo que dice más tarde un discípulo suyo, en la época del exilio, denominado por los especialistas el Segundo Isaías (Is 40-55), así como lo que dijo también, después del exilio, un tercer discípulo, denominado el Tercer Isaías (Is 56-66), inspirándose ambos en el gran profeta Isaías. Y lo mismo se podría decir del Pentateuco, que atribuye a Moisés los cinco libros que contiene, a pesar de que sus textos se han ido redactando en épocas distintas,

Supuesto lo que acabo de decir, si las cartas Pastorales hubieran sido dictadas por Pablo, parece obvio que habría que considerar a Pablo como un autor antifeminista, pues en estas cartas encontramos textos tan negativos para las mujeres como el que encontramos en 1Tm 2,11-15:

“La mujer aprenda en silencio con plena sumisión. No consiento que la mujer enseñe ni domine al marido, sino que ha de estar en silencio. Pues primero fue formado Adán, y después Eva. Y no fue Adán el que se dejó engañar, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión. Se salvará, sin embargo, por su condición de madre, siempre que persevere con modestia en la fe, el amor y la santidad.”

Sin duda, encontramos aquí un texto claramente antifeminista, que aprovecha una interpretación fundamentalista y machista de Gen 3,1-6 para marginar a las mujeres y someterlas a la autoridad de los varones. Pero hoy sabemos que este no es un texto de Pablo. Y que fue escrito, como mínimo, 30 o 40 años después de su muerte, un texto, por otro lado, que hoy no puede ser leído de un modo literal, fundamentalista.

Más cercano a Pablo, pero también escrito por uno de sus discípulos, es el texto que encontramos en Ef 5,22-24:

“Que las mujeres respeten a sus maridos como si se tratase del Señor, pues el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza y al mismo tiempo salvador del cuerpo, que es la iglesia. Y como la Iglesia es dócil a Cristo, así también deben serlo plenamente las mujeres a sus maridos.”

Pero estas afirmaciones de la carta a los Efesios, a diferencia de lo que se dice en las cartas Pastorales, están matizadas claramente por su contexto (recordemos que un texto fuera de contexto fácilmente se puede convertir en pretexto), pues inmediatamente antes, en el v. 21, se dice que el respeto es una actitud que todo el mundo debe tener hacia los demás (v. 21: “Guardaos mutuamente respeto en atención a Cristo”). Y en el contexto posterior (Ef 5,25-30) se dice que los maridos han de amar a sus mujeres como ellos aman a su propio cuerpo, como se aman así mismos. Y pone como modelo del amor de los maridos a sus mujeres, el amor de Cristo a la Iglesia. Entonces, este amor no puede ser posesivo, ni dominador, pues el amor de Jesús nunca lo es, según el Nuevo Testamento. Pero, además, como he indicado antes –y esto se ha descubierto relativamente hace poco– la carta a los Efesios no fue dictada por Pablo, sino por uno de sus discípulos, por lo cual tampoco se puede hacer responsable a Pablo de lo que se dice en esta carta.

2. ¿Qué dice realmente Pablo sobre la mujer?

Solo hay un texto, en las cartas auténticas de Pablo, que realmente podría ser considerado como un texto antifeminista. Me refiero a 1Co 14,33b-36, donde se afirma:

“Como en las demás comunidades cristianas que las mujeres guarden silencio en las reuniones; no les está, pues, permitido hablar, sino que deben mostrarse recatadas, como manda la ley. Y si quieren aprender algo, que pregunten en casa a sus maridos, pues no es decoroso que la mujer hable en la asamblea.”

Pero hoy muchos especialistas (p.ej. M.J. Borg – J.D. Crossan, *El primer Pablo*, Estella 2009, p. 63 s.) –creo que con razón– sostienen que este texto no es original de Pablo. Y que fue incorporado, interpolado, en el texto de 1Co 14 por influjo del texto de 1Tm 2,11-15, cuando, por razones litúrgicas, la comunidad de Corinto quiso comunicar, intercambiar, sus cartas de Pablo con las otras comunidades cristianas para así poderlas leer en sus reuniones comunitarias.

Y, de hecho, hay motivos serios para creer que estos especialistas, que defienden que el texto de 1Co 14,33b-36 es un texto interpolado, cuando ya Pablo había muerto, tienen razón. En primer lugar, ya hay pequeños problemas de crítica textual, pues en algunos manuscritos antiguos este texto no se encuentra después de 1Co 14,33a, sino después de 1Co 14,40, lo cual suele ser indicio de que ha habido algunos retoques en relación con el texto original.

Pero, además, en ningún otro lugar dice Pablo, en sus cartas auténticas, nada de parecido, que resulte tan negativo para las mujeres. Más bien Pablo da por hecho, como veremos más abajo, que las mujeres tenían auténticas funciones, incluso directivas, tanto en las comunidades fundadas por él, como en las que él conoce,

porque eran comunidades cristianas abiertas, fundamentalmente de origen judeohelenista y pagano. Es lo que ocurría, de hecho, en muchas Iglesias de Roma, en las cuales Pablo tenía muchas personas conocidas, ya que él las había encontrado en sus numerosos viajes y largas estancias en Corinto y en Éfeso.

Pero un argumento más importante, que da apoyo a la hipótesis de que este texto no es de Pablo, lo encontramos inmediatamente antes en 1Co 11,16, pues en él Pablo da por hecho que las mujeres profetizaban en las reuniones comunitarias (1Co 11,4-5), lo cual implica, obviamente, que podían hablar. Por tanto, no parece creíble que Pablo en la misma carta 1ª a los Corintios pueda decir que la mujer “calle” en la Iglesia. Más bien el texto ha de haber sido interpolado más tarde. Y es un resumen de 1Tm 2,8-15. Y, además, si se suprimen los versos 33b-36, el texto de 1Co 14,37 enlaza mejor con el texto original de Pablo, que encontramos en 1Co 14,33a.

De todos modos, es verdad que en una cosa sí se ve que Pablo es hijo de su tiempo y de su cultura, que no respetaban la igualdad absoluta entre el hombre y la mujer. Me refiero a lo que él dice sobre el velo, que, según él, es bueno que lleven las mujeres, o sobre la manera que deben llevar su cabello, largo o corto, los hombres y las mujeres (1Co 11,2-10). Pero el mismo Pablo reconoce que lo que él recomienda es solo una costumbre de la época en la ciudad de Corinto (cf. 1Co 11,16), una costumbre social que él intenta fundamentar con una lectura literal de G 3, pero añadiendo a continuación, como correctivo, en 1Co 11,11-12, las siguientes palabras:

“Por lo demás, entre cristianos, ni la mujer sin el varón, ni el varón sin la mujer. Porque si la mujer fue formada del varón, el varón a su vez existe mediante la mujer y todo procede de Dios.”

En cambio, encontramos en las cartas auténticas de Pablo toda una serie de textos que muestran que Pablo se avanzó a su tiempo, reconociendo la igualdad entre el varón y la mujer y valorando el

papel fundamental, también directivo, que tienen algunas mujeres en las primeras comunidades cristianas helenistas y paulinas. Este hecho llama más la atención, sobre todo si se tiene presente la manera cómo el mundo judío marginaba a la mujer. Un texto típico sería el de un rabino del siglo II d. C., que pedía a los varones que hiciesen la siguiente plegaria:

“Bendito Aquél que no me ha hecho pagano, ni mujer, ni ignorante; en efecto, los paganos son como nada ante Ti, la mujer no tiene que observar los mandamientos y los ignorantes no tienen miedo a pecar.”

Supuesto esto, en este contexto más bien marginador de la mujer, sorprende un texto capital, que nos permite conocer el pensamiento auténtico de Pablo. Se trata de un texto programático, que supone la igualdad fundamental entre el varón y la mujer en el pensamiento teológico de Pablo y, por tanto, en sus comunidades. Lo encontramos en Ga 3,28:

“Ya no hay distinción entre judío o no judío, entre esclavo o libre, entre varón o mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.”

En este texto, Pablo muestra que para él la unión con Cristo de toda cristiana y todo cristiano implica una igualdad fundamental entre todos los miembros de las comunidades cristianas, hasta el punto de que Pablo equipara la igualdad fundamental entre los judíos y los paganos –una afirmación para los judíos tradicionales (también para los judeo-cristianos conservadores), pero esencial en la teología del Apóstol–, y la igualdad fundamental entre el esclavo y el libre –un auténtico escándalo para la sociedad tradicional de su tiempo– a la igualdad entre el varón y la mujer (una afirmación también escandalosa en su tiempo y en el mundo religioso judío).

Pero este no es el único texto significativo de Pablo sobre la mujer. Otro texto paulino sorprendente lo encontramos pronto en la vida de Pablo. Concretamente en 1Co 7. En este capítulo, el Apóstol habla

de las relaciones entre los maridos y sus mujeres en las comunidades cristianas. Lo que él dice, contrasta con el hecho de que en el mundo social y religioso de Pablo las mujeres casadas tenían pocos derechos. Y, en todo caso, sus derechos no podían ser equiparados a los de sus maridos. Por esto sorprende que Pablo escriba:

“Sin embargo, para evitar la lujuria, que cada hombre tenga su mujer, y cada mujer su marido. Que el marido cumpla su obligación conyugal con la mujer e igualmente la mujer con el marido. La mujer no es ya dueña de su cuerpo, sino el marido; como tampoco el marido es dueño de su cuerpo, sino la mujer. No os privéis el uno otro, a no ser de común acuerdo y por cierto tiempo, para dedicaros a la oración. Y volved de nuevo a la vida conyugal, no sea que Satanás os induzca al pecado al no poder conteneros.” (1Co 7,2-5)

“A los casados les mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido. En caso de separación, que no se vuelva a casar o que se reconcilie con su marido. Y que tampoco el marido se divorcie de su mujer. A los demás les digo yo, no el Señor, que, si un hermano tiene una mujer no creyente y ella consiente en vivir con él, no se divorcie de ella. Y si una mujer tiene un marido no creyente y él consiente en vivir con ella, no se divorcie de él. Pues el marido no creyente queda consagrado a Dios por la mujer, y la mujer no creyente por el marido cristiano. De este modo, vuestros hijos pertenecerán a Dios, mientras que de otra forma no pertenecerían. Pero si la parte no creyente quiere separarse, que se separe; en tal caso, el hermano o la hermana quedan libres, pues el Señor os ha llamado a vivir en paz. Porque, ¿sabes tú, mujer, si salvarás a tu marido? O ¿sabes tú, marido, si salvarás a tu mujer?” (1Co 7,10-16)

Lo que llama la atención en estos textos es la igualdad absoluta de derechos y obligaciones, y por tanto de dignidad, que tienen tanto el varón como la mujer, pues se trata de algo que no era obvio en el tiempo de Pablo. En todo caso, no se ve aquí que Pablo margine en absoluto a las mujeres.

Ello no significa que Pablo no reconozca las diferencias entre las personas, tanto si son mujeres, como si son varones, como puede verse en 1Co 12. En este texto, el Apóstol afirma que todas las personas tienen su don o carisma. Pero estos carismas no justifican la superioridad de una persona sobre otra, ni, sobre todo, están condicionados por el género de las personas, sino que lo esencial en cualquier carisma es que esté al servicio del bien común (1Co 12,7). Y lo que da a todos los carismas su auténtica excelencia, no es tanto lo que hacen, sino el amor que los anima (1Co 13), pues toda cristiana y todo cristiano es parte del cuerpo de Cristo, que, si bien es plural, se caracteriza sobretodo por su unidad fundamental (1Co 12).

3. Las relaciones personales de Pablo con las mujeres según las cartas auténticas del Apóstol

Esta actitud innovadora de Pablo con respecto a las mujeres, la vemos confirmada cuando miramos los textos de las cartas auténticas del Apóstol, en los cuales habla de mujeres concretas, que él conoce y aprecia. Estos textos son suficientemente numerosos y significativos para confirmar que la actitud de Pablo frente a las mujeres no era machista. Y se avanzaba a la postura que tenían la mayoría de sus contemporáneos ante la mujer, una actitud machista que, en cambio, sí que aparece en el discípulo de Pablo, que escribió la 1ª carta a Timoteo hacia finales del siglo I o comienzos del II.

La actitud el Apóstol sorprende incluso hoy, cuando ya ha mejorado la visión que se tiene de la mujer en las Iglesias cristianas, al margen de la Iglesia Católica, pues en esta iglesia aún no se ha logrado superar una lamentable marginación: me refiero al hecho de que la mujer, solo por el hecho de ser mujer, queda excluida del liderazgo eclesial y del sacerdocio cultural, a pesar de que hoy, con el progreso de los estudios bíblicos, tendría que quedar claro que, en esto, la Iglesia católica no es fiel, ni a Jesús, ni a Pablo, ni a las Iglesias helenistas abiertas, como lo fueron, de hecho, las Iglesias de Roma en tiempo de Pablo.

En todo caso, los testimonios paulinos más claros sobre la igualdad fundamental entre el varón y la mujer, los encontramos en el cap. 16 de la carta a los Romanos. Algunos especialistas han creído que este capítulo 16 no formaba parte, inicialmente, de la carta de Pablo a los Romanos, pues les sorprende la cantidad de personas que Pablo conoce y saluda en esta carta, sin haber estado nunca en Roma. Personalmente, creo que este capítulo sí que formaba parte, inicialmente, de la carta a los Romanos, porque, dada la movilidad que se daba en el imperio romano, no resulta extraño que Pablo, que había viajado por muchos lugares, pudiera conocer tantas

personas. Pero, al margen de esta cuestión secundaria, en todo caso nadie cuestiona seriamente que este texto haya sido dictado por Pablo y que, por tanto, revele la actitud auténtica del Apóstol hacia las mujeres, sea que estas se encuentren en Roma o en Éfeso.

En este capítulo 16, lo primero que sorprende, entonces, es que de las veinticinco personas que el Apóstol saluda personalmente, ocho sean mujeres. Y sorprende también que destaque el papel que ellas juegan en sus comunidades cristianas romanas.

La primera mujer, que Pablo menciona en el cap. 16 de la carta a los Romanos –y recomienda que la traten bien (probablemente fue ella la que llevó la carta a los Romanos a la capital del imperio)– es Febe:

“Os recomiendo a nuestra hermana Febe, que está al servicio de la iglesia de Cencreas. Recibidla en el Señor, como corresponde a creyentes, y ayudadla en lo que necesite de vosotros, pues también ella ha favorecido a muchos, entre ellos a mí mismo.” (Rm 16,1-2)

De Febe se dicen dos cosas muy importantes. La primera es que Pablo afirma que es una *diaconisa* (*diákonon*) de la Iglesia de Cencreas. En las comunidades paulinas, el carisma de la “diaconía” no queda claramente definido, pero era más bien un carisma de liderazgo y no tanto relacionado con la Caritas. Algo semejante aparece también en Hch 6,1-6, donde, por el contexto, queda claro que a Esteban lo matan, no por la manera como administraba el dinero, sino por su predicación radical sobre Jesús (cf. Hch 7); y, del mismo modo, se ve en Hch 8 que el diácono Felipe no se dedica a recoger y a administrar el dinero de la comunidad, sino a interpretar el Antiguo Testamento, a bautizar y a predicar la fe cristiana (cf. Hch 8,4-5.26-40).

De hecho, el mismo Pablo habla del “servicio” (*diakonía*) del Espíritu en 2Co 3,8. Y en Rm 11,13 (cf. también Rm 13,7; 15,31; 2Co 4,1; 6,3) llama a su predicación a los paganos, un servicio (*diakonía*), aunque es verdad que, cuando presenta la lista de los

carismas cristianos en 1Co 12, no pone explícitamente el “servicio” (*diakonía*) entre ellos. Según esto, y en todo caso, esta mujer, Febe, jugaba un papel importante en la Iglesia de Cencreas. Y tenía en ella un papel de liderazgo apostólico. De hecho, según A. Weiser, un biblista católico alemán, Febe tendría las funciones propias de los diáconos en aquel momento: asistencia social, predicación y dirección/gobierno. Y, en todo caso, el título de “diácono”, en masculino, aparece, sin indicar sus funciones, junto con el de “vigilante” (*epískopos*), en Fl 1,1.

La segunda cosa importante, que Pablo dice de ella, cuesta verla, si se lee el texto en la traducción de La Casa de la Biblia, que es la que estoy utilizando en este artículo, pues se trata de una traducción denominada “dinámica”, que no deja ver, en este caso, tan claramente lo que dice de ella el texto original. Una traducción más literal ayudaría a comprender mejor lo que Pablo quiere decir sobre su papel, como mujer, en la comunidad. En este sentido, la traducción de la Biblia de Jerusalén, más literal, resulta más significativa, pues traduce: “ella ha sido *protectora* de muchos, incluso de mí mismo”.

Según el texto original griego, Pablo dice de ella, si se traduce fielmente el texto, como lo hace la Bblia de Jerusalén, que era “*protectora*” (*prostátis*) de la Iglesia de Cencreas. En el mundo romano de la época, la sociedad estaba muy estructurada económicamente. Y los “protectores” eran aquellas personas ricas que, a cambio de que se les diera el honor correspondiente, ayudaban económicamente a toda una serie de personas más pobres. Y estos “protectores” serían, probablemente, los que presidían las Eucaristías, que se celebraban en sus casas –a no ser que estuviera presente un Apóstol, que hubiera fundado la comunidad. Por lo tanto, si Pablo la recomienda de este modo, ello significa que él la valora mucho, tanto a ella misma, como a su trabajo comunitario, sin que le preocupe lo más mínimo el hecho de que sea una mujer. Esta es también la conclusión que saca A. Grün (*Pablo y la experiencia de lo cristiano*, Estella 2008, p. 189s.):

“Pablo llama a Febe no solo diaconisa, sino también ‘*prostatís*’, que en realidad significa ‘jefa’. Febe era jefa de la comunidad de Cencreas, un barrio de Corinto. Invitaba a la comunidad a su casa y, al parecer, desempeñaba una función dirigente.”

A continuación, en Rm 16,3-4, Pablo saluda un matrimonio, Prisca y Áquila (en este orden, poniendo en primer lugar a la mujer) que, cuando fueron exiliados de Roma (probablemente en la expulsión de judíos, que el emperador Claudio decretó) y vivieron en las ciudades de Corinto (cf. 1Co 16,19) y Éfeso (cf. Ac 18,26), dieron mucho apoyo a Pablo, hasta el punto de llegar a exponer su vida para salvar la de Pablo (Rm 16,3-5a). Lo que sorprende aquí es que Pablo mencione primero a la mujer, antes que a su marido. Cuando Pablo escribe la carta a los Romanos, ellos ya habían vuelto a Roma y presidirían, como “protectores”, la Iglesia que se reunía en su casa. Y el Apóstol, además, emplea la palabra *synergós* (colaborador), tal como son también para él Urbano (Rm 16,9) y Timoteo (Rm 16,21). Es una palabra que Pablo emplea en 2Co 8,23; Fl 4,3; Flm 1 y 24 para sus ayudantes en la misión.

Además, en este capítulo 16 de la carta a los Romanos, Pablo saluda también a cuatro mujeres, las cuales, según él afirma, han jugado un papel de liderazgo fundamental en sus Iglesias de Roma. La primera es María:

“Saludad a María, que tanto se ha fatigado (*ekopiásen*) por vosotros” (Rm 16,6)

Más adelante, saluda también a tres mujeres (Rm 6,12), de las cuales afirma que han “trabajado” (*kopiósas*)) mucho en el Señor:

“Saludos para Trifena y Trifosa, que han trabajado con afán como auténticas cristianas, y para la querida Pérsida, que también ha trabajado con afán como auténtica cristiana.”

Lo que resulta significativo, en todos estos textos, es que para hablar de lo que ellas hacen, emplea el verbo “trabajar” (*kopiáo*).

Se trata de un verbo que es muy significativo para Pablo (cf. también 1Co 15,10; Ga 4,11), porque, en principio, se emplea para el trabajo misionero, que exige un gran esfuerzo y que implica toda la existencia. De hecho, en 1Co 3,8 (cf. Fl 2,16; 1Te 3,5; 2Co 11,23.27), Pablo llama a la actividad misionera y pastoral, realizada en equipo por Pablo y Apolo, un “trabajo” (*kópon*). Y en 1Te 5,12, emplea el verbo “trabajar” (*kopíáō*) para la actividad que hacen los “dirigentes” de la comunidad y que él recomienda, porque, aunque no los ha nombrado él, sin embargo le parece que es una buena novedad este tipo de liderazgo en las comunidades paulinas. Se trata de un verbo que Jn 4,38 emplea para indicar el trabajo misionero de los discípulos y que Hch 20,35 emplea para hablar del trabajo misionero de Pablo. Por tanto, el vocabulario que Pablo emplea para estas mujeres confirmaría que desempeñaban una función pastoral importante en sus Iglesias.

Pero lo que más sorprende en este capítulo 16 de la carta a los Romanos es lo que Pablo dice en Rm 16,7:

“Saludad a Andrónico y a Junia, mis paisanos y compañeros de prisión, insignes entre los apóstoles, y cristianos incluso antes que yo.”

En principio, la traducción deja abierta la manera cómo se ha de interpretar las palabras “*epísemoi en tois apostólois*”, pues el texto puede comprenderse como que eran “famosos, insignes Apóstoles”, o bien que eran “muy considerados por los Apóstoles”.

Pero, aparte de que para Pablo los Apóstoles no son solo los Doce (cf. 1Co 15,7.8-11; 9,1), como sostiene Lucas, parece que la palabra *epísemoi* no se ha de traducir tanto como “conocido, famoso entre” los Apóstoles, sino como Apóstol “insigne, extraordinario”, lo cual implicaría que Andrónico y Junia son Apóstoles. Esta última es, de hecho, la interpretación que hacen los autores en el primer milenio de nuestra era y que actualmente –pienso que con razón– van defendiendo cada vez más especialistas en Biblia. Esto supondría, por tanto, que una mujer fue “Apóstol”, lo cual implicaría, en la teología

de Pablo, que tuvo una aparición de Jesús resucitado, incluso antes de que el mismo Pablo la tuviera. Y si es así, entonces gozaría de la máxima autoridad en las primeras comunidades cristianas, como recuerda Pablo en 1Co 12,28. Y presidiría las Eucaristías.

Es lo que sostiene, por ejemplo, un gran exegeta católico alemán, G. Lohfink (“Weibliche Diakone im Neuen Testament”, en: G. Dautzenberg – H. Merklein – K. Müller, *Die Frau im Urchristentum*, Freiburg 1983, pp. 330s). Y lo argumenta de la siguiente manera:

“Pues si Andrónico y Junia solo hubieran sido unos enviados temporales de una comunidad, entonces la fórmula ‘destacan entre los Apóstoles’ no sería suficientemente adecuada. Ambos pertenecen claramente a aquel grupo más grande de Apóstoles, los cuales, según 1Co 15,7, tuvieron una aparición del Resucitado. Pablo separa cuidadosamente en 1Co 15,7 este grupo del círculo de los Doce. Él mismo pertenecía, sin duda, también a aquellos, que habían visto al Resucitado y habían sido enviados por él. Y deducía de esta aparición el derecho a llamarse Apóstol, a pesar de que no había formado parte del grupo de los Doce. La fórmula ‘destacan entre los Apóstoles’ presupone que el círculo mencionado de personas, que habían sido enviadas por Cristo como testimonio de la resurrección, constituían para la Iglesia antigua una magnitud relativamente configurada. Se sabía que había unos testimonios iniciales; se decía que la Iglesia había sido edificada sobre el fundamento de estos testimonios.”

De todos modos, el hecho de que para Pablo los dos fueran “apóstoles insignes” pareció a las comunidades cristianas del segundo milenio algo que era imposible, por lo cual no dudaron en convertir a Junia en varón, como lo observa U. Wilckens en su comentario a la carta a los Romanos (*La carta a los Romanos*, Salamanca 1992, vol. II, p. 482):

“Esto significa que pertenecen al reducido círculo de aquellos misioneros de vanguardia, denominados ‘Apóstoles’, a los

que se otorgó una autoridad extraordinaria y a los que el propio Pablo se agregó con posterioridad (como *éktroma* 1Cor 15,8). Se trata de un círculo más amplio que el grupo de los doce (cf. 1Cor 15,7 con 15,5). Figuraban entre ellos tanto los 'apóstoles' como los adversarios judaizantes de Pablo (cf. 2Cor 11,5.13-15), y también apóstoles del centro misional de Antioquía, con Bernabé (cf. 1Cor 9,6 después de 9,15 y Hch 14,4.14), o los apóstoles itinerantes mencionados en la *Didaché* (Did 114; cf. Herm V 3,5,1s; 9,15,4; 25,2). Que un matrimonio, un hombre y una mujer, fuesen 'apóstoles', pareció desde la edad medio algo tan increíble que se prefirió, en lugar del nombre femenino Junia, leer el masculino Junias. Nadie se había escandalizado, en cambio, en toda la Iglesia Antigua. No fue un caso aislado en el cristianismo primitivo. Pablo señala en 1Cor 9,5 el 'derecho' (*exousía*) de los apóstoles a llevar consigo una mujer como acompañante en los viajes misionales, y Rom 16,7 indica que no eran acompañantes mudes de sus maridos, sino que podían participar en la tarea misional y en la autoridad apostólica."

Y finalmente, y para concluir ya el repaso de las mujeres con las cuales se relacionó el Apóstol en su trabajo misionero, quedan aún tres mujeres, que él menciona explícitamente al margen de la carta a los Romanos.

En primer lugar, Pablo habla de Evodia y Síntique, a las cuales dirige una petición explícita en Fl 4,2-3:

"Encarecidamente ruego a Evodia y Síntique que se pongan de acuerdo como corresponde a creyentes. Y a ti, compañero fiel, te ruego que las ayudes, pues se batieron conmigo por el evangelio, junto con Clemente y el resto de mis colaboradores, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida."

Si Pablo se siente obligado, en una carta dirigida a toda la comunidad de Filipos, a pedir explícitamente a estas dos mujeres que superen sus diferencias, ello solo puede ser debido a que estas mujeres

desempeñaban un papel muy significativo en la comunidad, cosa que Pablo no cuestiona. Más aún, dice de ellas que lucharon al lado del Apóstol. Y las denomina sus “colaboradoras” (*synergoi*). Como hemos visto, la palabra “colaborador” es muy significativa para Pablo.

Y para concluir ya este repaso de la actitud de Pablo frente a las mujeres, llama también la atención, finalmente, que el Apóstol hable también de Cloe, de la cual dice que le dio información sobre las divisiones que existían en la Iglesia de Corinto (1Co 1,11). Ello motivó que Pablo escribiera la 1ª carta a la comunidad de Corintio, insistiendo en el hecho de que las divisiones dentro de la comunidad, apoyándose en los distintos líderes, es algo que resulta totalmente incompatible con la fe cristiana (cf. 1Co 10-15). Si Pablo se toma en serio esta información que le proporcionó Cloe, ello es indicio de que él valoraba mucho lo que esta mujer le había dicho y, por tanto, que para él Cloe era una mujer fiable y significativo en el seno de la comunidad de Corinto.

4. Conclusión

Los textos auténticamente paulinos, que hemos visto, creo que muestran suficientemente que Pablo no puede ser considerado como un antifeminista, sino más bien lo contrario. Evidentemente hemos de tener presente que el Apóstol era un hombre condicionado por su tiempo y por la cultura judía. Y que, por tanto, no le podemos pedir que hable de y sobre las mujeres como lo deberíamos hacer hoy en todas las comunidades cristianas, sin marginarlas en absoluto.

Pero en el mundo en el cual vivió Pablo, sorprende su actitud muy positiva hacia las mujeres –como había sorprendido también antes de Pablo la actitud de Jesús, que aceptó que algunas mujeres fueran discípulas suyas y le siguieran (Mc 15,40-41; Lc 8,1-3), pudiendo gozar de su enseñanza (cf. Lc 10,38-42), cosa que un buen rabino judío jamás hubiera aceptado. En este aspecto, Pablo fue también fiel a su Maestro, Jesús, continuando así su tarea liberadora.

Por tanto, podemos concluir que la acusación contra Pablo de que él era antifeminista y que promovió la marginación de la mujer en la Iglesia, es una auténtica *fake news*, que no se fundamenta en las cartas auténticas de Pablo, sino en las denominadas cartas Pastorales, atribuidas, equivocadamente, al Apóstol.

En cambio, las cartas auténticas de Pablo presentan un personaje que intentó ser muy fiel a Jesús, su Maestro, y que fue una persona avanzada a su época, ya que valoró y colaboró apostólicamente con muchas mujeres, llegando a sostener la igualdad fundamental entre los varones y las mujeres (Ga 3,28).

Por eso, A. Grün afirma lo siguiente, cuando reflexiona sobre la relación de Pablo con las mujeres:

“Cuando Pablo llama ‘hermanas’ a las mujeres que trabajan activamente en la labor comunitaria y valora su trabajo, no se guía por la imagen de mujeres de la familia patriarcal, sino por

las 'estructuras grupales igualitarias de colegios y asociaciones culturales que reconocían a las mujeres y a los esclavos como miembros de la comunidad con iguales derechos que los demás' (Schüssler 121). Pablo supera, por tanto, la imagen patriarcal de la mujer y sigue la entonces revolucionaria imagen de la mujer que era habitual en los cultos místicos. Un rasgo característico de las comunidades cristianas era que, a diferencia de la burguesía romana, concedían a mujeres y hombres las mismas oportunidades y les atribuían la misma dignidad."

Espero, pues, que haya quedado claro, por los textos que hemos visto, que el Pablo auténtico no puede ser considerado como un "antifeminista", sino todo lo contrario. Defendió la igualdad de la mujer y del varón en el seno de las Iglesias cristianas, continuando así lo que su Maestro, Jesús, ya había promovido cuando anunciaba el Reino de Dios.

Vamos a fondo ACO

Últimos títulos (en la mediateca de acoesp.org):

25. *Conflictos y decepciones en el Evangelio de Marcos.*
Oriol Garreta.
26. *El trabajo digno: una tarea personal y comunitaria.*
Charo Castelló.
27. *Compartiendo mesa con Jesucristo en la revisión de vida.*
Jordi Fontbona.
28. *Poesías en temps de confinament.*
Oriol Garreta
29. *Elogio de la gratitud. Una apuesta por la esperanza.*
Daniel Jover
30. *Perdonarse, perdonar y recibir el perdón de Dios.*
M^a Jesús Rodríguez Muñoz
31. *Madeleine Delbrêl: Testimonio del Evangelio encarnado en las periferias*
Roser Solé Besteiro / Tíscar Espigares
32. *Cómo transmitir y vivir la fe en familia.*
Isa Moreno i Blanca Aznar.



ACCIÓN CATÓLICA OBRERA

 www.acoesp.org
 hola@acocat.org

 facebook.com/aco.acciocatolicaobrero
 [@ACOCat](https://twitter.com/ACOCat)